

VERSIONES COMPLEMENTARIAS SOBRE LA INCIDENCIA DE LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA DEL PERIODO 1.950-1.965 EN EL MEDIO INSULAR DE GRAN CANARIA : LPA - MAD - LPA.

Félix Juan Bordes Caballero.
Universidad de La Laguna.

Las versiones laterales o parciales que podamos aportar los que visitamos aquellos edificios entonces todavía en construcción, quizás no sirvan más que para intentar redondear la historia de la arquitectura española producida en aquella interesante época, ya que la visión más cabal y objetiva sería la del grupo de arquitectos que fueron los verdaderos protagonistas de aquel difícil momento, los que de manera más intensa y emocionada mejor podrían dar cuenta exacta de su importante y fructífero esfuerzo.

Pero parece por otra parte justo que aquellos que también ahora intentan a lo largo de todo el territorio nacional contribuir en la mejora de la producción arquitectónica actual apoyándose en sus enseñanzas y en aquellas heroicas experiencias tan generosamente transmitidas, manifestemos ahora de alguna manera nuestro reconocimiento, intentando rebuscar en la propia memoria nuevos datos y así extraer nuevas conclusiones útiles para la docencia y la investigación; y ordenando aquellos recuerdos parece que no sería muy adecuado exponer ahora las vicisitudes relativas a la realización de sus proyectos ni tampoco las circunstancias que rodearon a la construcción de aquellos edificios que hoy en día todavía nos siguen fascinando, manteniéndose tensos y acertados dentro de este otro panorama urbano ya distinto.

Se trata más bien de ofrecer ahora una versión más personal, quizás más tendenciosa y sesgada y así recordar aquellas circunstancias desde quienes vivíamos otra historia paralela, que transcurría entre discusiones y

debates entre preferencias y admiraciones hacia uno u otro grupo de obras proyectadas que influyeron fuertemente en aquellas promociones de arquitectos de la ETSA de Madrid de esas mismas décadas.

Aquí está de nuevo el libro negro de tapas duras y grueso mediano, algo desvencijado y polvoriento, ya sin aquella brillante contraportada de papel couché rojo intenso: casi no se me hace necesario abrirlo para recordar vivamente su contenido de tantas y tantas veces que fue por entonces leído y analizado.

No es exagerado decir ahora que la recopilación realizada por Carlos Flores era casi la única y más completa referencia editorial donde se recogió quizá a modo de primer archivo, la obra construida que caracterizaba a aquel grupo de arquitectos, la mayoría de ellos profesores recientes de las Escuelas de Madrid y de Barcelona, entonces encargados de curso de las distintas Cátedras de proyectos.

Habría que recordar también que era la escasez de bibliografía especializada lo que angustiaba a los estudiantes en aquel año de 1.957, esa situación es bien distinta a la de estos últimos años, donde los estudiantes materialmente se ahogan entre tantos nuevos títulos que se editan cada año.

También fue grande el desconcierto que nos producía el contemplar aquel monumental arco de López Otero y Pascual Bravo, todavía en construcción: ¡Armis hic vitricibus!... esa visión producía un chasco materializado en aquellas letras de bronce... ¡Mens iugiter victura monumentum hoc!... que contratada con nuestra reciente memoria doméstica insular, con la humilde y fresca arquitectura racionalista canaria de Miguel Martín Fernández y Richard Opper que supuso en nosotros una primera referencia vocacional...

Con motivo del último Congreso de la U.I.A. en el año 1.996, fue muy gratificante volver a introducirse en la pintura y la arquitectura de aquellos años a través de la muestra organizada desde el cariño y la emoción, desde la objetividad y el rigor de su comisario Gabriel Ruiz Cabrero, que alejado de juicios y pasiones y ya con una cierta perspectiva temporal, permitía valorar los hechos desde una posición más alejada, más sosegada y más serena.

Fue muy satisfactorio ver ahora casi mitificada en los paneles de la exposición bien fotografiada e ilustrada, un buen conjunto de obras que por aquel entonces pasaron casi desapercibidas, en todo caso algunas publicadas ligeramente en aquellas dos revistas españolas que manejábamos en Las Palmas.

La verdad es que emociona ver de nuevo la Central Lechera Clesa, y apreciar los intentos de A. De La Sota por utilizar con finura e inteligencia los escasos materiales y chapas que ofrecía entonces el casi inexistente catálogo industrial, o localizar de nuevo aquel ¡Hombre de bronce! que sostenía aquel precioso muro de ladrillo condenado allí por Miguel Fisac, o recordar el momento de la colocación de aquel delgadísimo Cristo flotante bañado cenitalmente en la luz ambarina, apretado entre las hojas de la hipérbola de ladrillo en Alcobendas, como descendiendo desde aquel

suave techo de madera que poco a poco se expandía hacia los bordes de la vidriera; habría que pararse y también analizar mejor las plantas abiertas y simples de los proyectos escolares de Antonio Fernández Alba con resonancias nórdicas, extendiéndose en todas direcciones que en otra escala y en tiempos próximos, también nos evocan los *stream-matt buildings*! y a la Universidad Libre de Berlín.

Y también constituyeron un hallazgo las plantas Utzonianas, las varias versiones encadenadas de apartamentos para Lanzarote que no llegó a construir Fernando Higueras... cuajadas de inventos espaciales exhuberantes, aportaciones tipológicas, esfuerzos formales lastimosamente derrochados sin su producción.

Y dentro de un tema característico de esos años, de esfuerzo por aportar nuevas disposiciones, novedosas organizaciones, otras ofertas tipológicas, el Colegio Santo Tomás de Aquino significó una lúcida propuesta que aportó nuevos patrones espaciales, tipos residenciales más desinhibidos con el cuerpo de habitaciones resuelto con muros de ladrillo rojo en espina de pez, trastocando el papel de los pasillos, que quedaban al exterior hibridados y convertidos a la vez en terrazas, quedando suavizado el volumen quebrado por la continuidad de los forjados que tranquilizaban el prisma quebrado con las barandillas continuas de finos redondos verticales.

Otra pieza que no se olvida: todos seguimos atrapados por aquella expresiva y contundente fachada de gruesos muros de ladrillo rojo que se asoma a la Castellana. Todavía consideramos un éxito el atrevimiento de Francisco Cabrero con aquella clásica y a la vez adelantada arquitectura de expresiva retícula retundida y robusta basamenta.

Quisiera volver a hacer un recuento cronológico e intentar centrar y analizar mis propias experiencias al situarme en el año 1.957, cuando empezaron para mí unos continuos e incómodos trasiegos desde Las Palmas hacia Madrid para así reconocer otra vez aquellas obras que en uno y otro lugar simultáneamente me interesaron: Por entonces construía en Las Palmas el arquitecto Martín Fernández de La Torre el edificio de la Casa del Marino, imponente volumen arquitectónico de usos mixtos y de vocación naval, edificio graciosamente quebrado, de gran longitud y escala considerable (recientemente restaurado), y que configura un importante tramo del frente marítimo de la ciudad desde el Puerto hasta la Base Naval: Aquellos paramentos revestidos de minúsculas piezas vidriadas de brillo plateado, con la estructura y los forjados resaltados y forrados con mármol negro, producía en nosotros una intensa fascinación. Este significativo edificio conjuntamente con el Cabildo Insular construido por el mismo autor quince años antes, siguen siendo dos piezas muy representativas dentro de la Ciudad.

Y en lo que se refiere a mi primera visita madrileña, todavía fue mayor mi entusiasmo al observar aquel prisma azulado, torre para mí progresista y atrevida que remataba la manzana en la cota baja de la calle Isaac Peral. Fue realmente aquella proa moderna y optimista y con pescentes, que se asomaba sin complejos en la rotonda de Cristo Rey, uno de

los edificios que a todo el grupo de alumnos de aquel curso del 57 nos atrajo fuertemente: Los paramentos de gresite azul brillando en el sol de poniente y el amplio paño formado por los ventanales de los salones y las terrazas acristaladas, atravesadas por la línea horizontal de los forjados ligeramente resaltados y enmarcado todo el plano por el islábí a modo de gran marco de hormigón que englobaba la composición de toda la fachada. Elegante el marco de ese edificio de Carvajal y García de Paredes como recerco de lo acristalado, quizás recuerdo del tiempo romano o de las evocaciones y memoria de aquel edificio de Como, o de ligeros roces y sutiles contactos con las maneras y preferencias del italiano Luigi Figini.

La homogeneidad de la sustancia urbana residencial de las manzanas madrileñas quedaba así alterada por ciertos edificios de mayor altura y de nuevo talante, resueltos desde su propia singularidad, contrastando desde sus siluetas frescas y desinhibidas con las vetustas construcciones coetáneas de la Moncloa y de la Plaza de España, ahora también evocadas hasta con cierto cariño, edificios entonces imagen del milagro y del progreso económico del Régimen y a la vez frontera del Madrid más profundo.

Así que abrir de nuevo aquel libro de la ¡Arquitectura Española Contemporánea!, obliga a ordenar nuestra propia historia universitaria. Otro importante reencuentro con lo construido en esos años también ya queda perdido en la distancia: pero fue muy satisfactorio ver reunida en el año 1.977 por primera vez la obra de los arquitectos madrileños y profesores de la ETSAM en aquella exposición titulada ¡Arquitectura para después de una Guerra! organizada en el MEAC y en aquellos salones situados debajo de aquellas incómodas cataratas que todavía evocan el desaparecido Jareño, la Casa de la Moneda. Fue ese el primer intento retrospectivo que valoró todo ese conjunto de impecables realizaciones que no sólo ofrecían a Madrid una nueva arquitectura desinhibida y renovada, liberada, de lastres y nostalgias historicistas, sino que también se mostraban con un cierto desprejuicio y con ligeros desapegos y distanciamiento de los radicales principios y premisas proyectuales del Movimiento Moderno, en un claro y evidente intento de sintonizar con actitudes y maneras de siempre, al volver a manejar cada vez con más frecuencia materiales asimilados a las tradiciones constructivas más populares, volviendo a recordar los aparejos de ladrillo de distinta cochura combinados ahora con el hormigón visto y el cristal, la madera, la piedra de Colmenar y las carpinterías de hierro laminado todo ello coexistiendo con unos pocos nuevos materiales que ya producía la industria española, paneles, chapas metálicas y distintas cerámicas esmaltadas.

Volvimos allí a encontrar buenas fotografías del gimnasio del Colegio Maravillas, evocando la figura de Alejandro de La Sota cuando nos mostraba satisfecho cómo la luz acariciaba las barrigas de aquellas grandes cerchas metálicas. Fue esta obra innovadora y la exquisita caja de cristal de doble piel, preparada para el concurso de Bank -Unión las que desataron entre los alumnos un torrente de admiración hacia aquel profesor de exquisita educación y delicadas maneras que entendía el espacio arquitectónico desde aquella natural simplicidad. Posteriormente, fue el singular y atrevido edificio de Torres Blancas aún a pesar del recorte de

sus alturas, la más valiente plástica y controvertida pieza de arquitectura de mediados de los sesenta la que abrió definitivamente las puertas a los demás arquitectos y a los estudiantes hacia una mayor libertad expresiva, estudiantes por aquel entonces ya más informados y conectados con las experiencias del grupo Bakema y Van der Broek, Allison y Peter Smithson, Paul Virilio, Raima Piñtilla y Arne Jacobsen entre otros.

Entonces ya sabíamos que la pugna entablada entre las preferencias de la Administración hacia la arquitectura casi schinkeliana de los Nuevos Ministerios, de los gustos neoherrerrianos del edificio del Ejército del Aire en la Moncloa (Luis Gutiérrez Soto) o las nostalgias regionalistas evocadas por Luis Moya en el Museo de América, ya estaba siendo superada por ese conjunto de obras que iban incrustándose poco a poco en el nuevo panorama urbano madrileño, dejando entrever desde esa especial manera y estilo de transición un claro aire de modernidad, que por otra parte significaba un claro indicio del cambio inevitable de la sociedad española. La debilitación de estas fuertes preferencias del Régimen hacia ese tipo de arquitectura en gran parte se produjo sin duda por la insistente presión ejercida en la década y desde la docencia de proyectos, por la Escuela de Arquitectura de Madrid.

Y volviendo al hilo nostálgico de este texto, fue Javier Carvajal quien trajo gran cantidad de aire renovador recién llegado de Roma, quien infundió nuevas esperanzas y desató muchas ilusiones. Fueron sus apasionadas ideas y su decidida vocación lo que cautivaba, aunque causara una cierta inquietud por las comprometidas manifestaciones sobre el cada vez más trascendente papel del arquitecto en la nueva sociedad española; sus clases venían avaladas también por el éxito de sus recientes obras, pero también por su insistencia en que una determinada idea de arquitectura presidiera toda la operación de proyecto. Era muy satisfactorio comprobar también que sus reflexiones e ideas iban tácticamente dirigidas a todo el colectivo y no a un pequeño grupo de alumnos elegidos. Todos sabíamos además que afrontar el desafío del Pabellón de España en Nueva York (tres años más tarde) y salir airoso de la aventura no era cosa de broma, consiguiendo un delicado y difícil equilibrio entre modernidad y tradición, al introducir además sutilmente en el proyecto las constantes espaciales propias de nuestra cultura española y de todo lo que define nuestra imagen significativa.

Justo conectando con aquel momento docente y en relación al respeto por las ideas y costumbres de otras latitudes, tengo muy grabado en la memoria mi primer encuentro con aquel profesor aparentemente algo distante, pero luego dispuesto a entregar y transmitir con manifiesta disponibilidad sus propias experiencias: Mi propuesta generó una ligera discusión relacionada con temas de funcionamiento: planteé entonces una vivienda unifamiliar bien provista de ciertos tintes de modernidad, pero inspirada tipológicamente en la manera de vivir tradicional en los territorios de las medianías canarias que unían la planta baja de estancias y cocina con la superior de dormitorios a través de una escalera exterior situada en un extremo de la terraza-balcón que a la vez hacía de pasillo ensanchado o distribuidor de los dormitorios dispuestos en batería. A pesar de su extrañeza por esta tan directa y fracturada relación con el exterior, aceptó

la propuesta hibridada y desquiciada funcionalmente, tolerándola por respeto a la diversidad de nuestras latitudes atlánticas.

Ahora, releendo la introducción de su Curso Abierto, llego a comprender mejor aquella tolerante actitud docente de Javier Carvajal: por ello me interesaron estas recientes manifestaciones: ¡Se ha hecho evidente que la arquitectura no puede ser autónoma de su entorno...! ¡y nuestro espacio, donde construimos, y nuestro tiempo, donde vivimos son nuestros y nos condicionan sin poder renunciar a ellos!.

En el año de 1.960 no podía imaginar hasta qué punto iba a influir la figura de Javier Carvajal Ferrer en mi propia trayectoria docente y en la propia organización del incipiente profesorado de la Escuela de Arquitectura de Las Palmas por lo que tengo presente el gran servicio impagable que generosamente nos prestó.

Volviendo a la reflexión iniciada en los cinco años de trasiego hacia Madrid y desde la Isla de Gran Canaria (ese LPA-MAD-LPA de la etiqueta del equipaje), recuerdo que arrastraba en el ir y venir, una opinión contrastada y una visión dual de la arquitectura de aquellos años. Mi sintonía con los problemas espaciales y el proyecto arquitectónico estaba centrada en el arquitecto Miguel Martín Fernández de la Torre, ejerciendo todavía en Las Palmas y el arquitecto Javier Carvajal en la docencia de la ETSA de Madrid, que realizaba sus primeros y significativos proyectos y obras.

También desde Barcelona nos llegaba un sentimiento mediterráneo con la arquitectura de Coderch y Valls que nos fascinaba también especialmente y desde nuestra visión atlántica nos encajaban muy directamente sus casas con patio, pérgolas y grandes persianas correderas que también formaban parte de los invariantes espaciales que pertenecían a ese fantasma de la canariedad que flotaba en el medio insular. También desde Madrid se seguía atentamente la esmerada obra que ya realizaba el grupo Martorell Bohigas y Mackay, con la esmerada realización de diversos edificios residenciales, grupos escolares y algunos edificios administrativos, siempre resueltos desde la corrección racionalista y con la buena utilización de las tradiciones constructivas catalanas.

Pero quienes perseguimos desde entonces los quehaceres proyectuales de nuestro antiguo profesor fuimos muy conscientes de que no por casualidad se consigue proyectar y construir una pieza de arquitectura tan abstracta y pura como la Iglesia Parroquial de Vitoria... y ya cuando empezaron a escocernos los primeros sinsabores de la profesión, quedé convencido que los muros de hormigón visto salpicados de vegetación colgante de aquella moldeada y a la vez radical arquitectura del edificio de viviendas en la Calle Monte Esquinza, no se materializaban sin mantener una actitud tersa, enérgica y atenta a la hora de la producción de la forma; sólo se conseguía controlar las ideas de proyecto desde el empeño y la continuada presencia en el tajo, con la tozudez de quién quiere ver controlada la obra proyectada.

Ese afán combativo del arquitecto, quedó manifiesto cuando vimos crecer en los Límites del Retiro las atractivas Torres de Valencia, como poderoso prisma de planta abierta y cubículos agregados; y es que superar los mil y un comentarios de prensa generados en relación a su adecuación y conveniencia, basadas en consideraciones nostálgicas sobre perspectivas de la ciudad un tanto bucólicas y ya lejanas suponía también tener un duro temple para mantener ese singular empeñamiento que caracteriza al arquitecto que está seguro de lo que proyecta: Blanco o negro, hormigón y cristal, aristas y sombras, concentración y también dispersión, plantas agregadas, abiertas y dilatadas.

Y ahora que se ha consumido un precioso tiempo, y cuando ya tantas personas se han cruzado en nuestro quehacer cotidiano, habría que reconocer que frente a tanta cómoda pasividad y culpable conformismo siempre se prefiere y agradece la nobleza transparente que si bien acomete de frente, se recuerda mejor que las argucias furtivas de quien sobrevive agazapado entre los medios.

Por último, me interesa especialmente en esta misma reflexión, en esta versión complementaria resaltar y exponer cuánto de aquellas actitudes o ideas comprometidas mantenidas por determinados arquitectos madrileños, fueron trasvasándose en ese ir y venir de Madrid a Las Palmas.

Fernando Higuera y Antonio Miró se trasladaron a Lanzarote entre los años 58 y 60 y dejaron allí el Hotel Las Salinas en Costa Teguise, elegante construcción escalonada resuelta desde su peculiar formalismo y sus ansias ornamentales, donde se podía acariciar cada ménsula y macetero de hormigón como si se tratara de una gran escultura.

En toda la pieza hotelera se detectaba ese deseo de dilatarse hacia el exterior, organizando las amplias áreas de estancia en una biunívoca fluctuación con los espacios externos, provocándose un ambiente exótico y fresco al permitir que la lujuriosa vegetación penetrara hacia el interior.

Esa misma rica relación con el espacio exterior que dilataba los espacios internos, fue también inteligentemente explotada por los arquitectos José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezun, que también raspando ya el año 1.965 y siguientes, construyeron la más interesante y significativa pieza hotelera en el Sur de la Isla de Gran Canaria. Después de su experiencia en el Hotel Galúa de la Manga del Mar Menor, Fue el Hotel Maspalomas la mejor muestra de la arquitectura turística realizada hasta el momento y sin duda pasará a formar parte del patrimonio edificado de la época, si es capaz de soportar las sucesivas reformas incontroladas que se han venido sucediendo desde entonces y que pueden desnaturalizar los expresivos volúmenes horizontales revestidos con las grandes placas confeccionadas por trozos de piedra del lugar, y de tamaño significativo.

También resultó alentadora la presencia en la Isla desde mediados de los años cincuenta de otro arquitecto de formación madrileña, Manuel de La Peña, que decidió quedarse y demostrar en multitud de ocasiones su

admiración por la arquitectura de Richard J. Neutra. Planteaba entonces sus primeros proyectos turísticos, combinando la ligereza y simplicidad de la arquitectura adintelada del maestro americano con las luces y sombras de las celosías horizontales y con un adecuado acople al plegamiento del suelo a través de un zócalo de lajas soleadas enripiadas con piedra del lugar, dotando a su simple idea de arquitectura de un especial atractivo y naturalidad, sintonizada con la luminosidad y con el clima de las islas y los invariantes espaciales locales.

En esa época quizá Fue lo más importante el decidido intento por conectar con los patrones espaciales propios de la condición insular, una constante búsqueda e innovación tipológica sobre todo en el ámbito de lo turístico y vacacional.

Pero ahora que acabo ya mis comentarios me interesa además aprovechar este momento, aunque ello provoque un deslizamiento y un ligero escape de solo tres años más allá del marco temporal establecido, para dejar constancia del contacto que la ETSA de Las Palmas ha mantenido desde entonces con arquitectos de la Escuela de Madrid y algunos de Barcelona, relación que continúa aún hoy entre estos centros docentes, en este ir y venir peninsular de las ideas que flotaban entonces y que se fijaron después en la producción arquitectónica de las islas.

Y Fue Alejandro de La Sota, por sugerencia de sus antiguos discípulos canarios al recibir como su último encargo la ampliación del edificio racionalista del Cabildo Insular, quién cerró el ciclo de nuestras admiraciones y referencias vocacionales en uno y otro extremo de la situación: La correcta y respetuosa materialización por la Administración Insular de su último proyecto aquí en la Isla de Gran Canaria, sin duda podría ser un continuado recuerdo y un cumplido homenaje al sensible gran arquitecto y antiguo profesor.

Y en el extremo final de este comentario queda la biunívoca relación geográfica y cultural donde se establecieron vínculos notables entre la Isla de Gran Canaria y tres significativos arquitectos protagonistas de aquella influyente generación: con Alejandro de la Sota en su tardía relación con el Cabildo Insular, con Francisco Javier Saenz de Oiza con el acertado diseño del Centro Atlántico de Arte Moderno C.A.A.M., y sobre todo con F. Javier Carvajal a través de su personal e importante esfuerzo realizado en aquellos ya lejanos días, al poner a punto un nuevo Plan de Estudios Experimental y diseñar una nueva estructura docente para la entonces incipiente Escuela de Arquitectura de Las Palmas.

Y es este significativo hecho de tanta repercusión posterior encaminado a la mejora de la calidad de la Arquitectura en las Islas lo que hay que reconocer: Me refiero a ese apoyo generoso prestado entonces por el profesor Javier Carvajal, que especialmente invitado, organizó en un difícil momento la Docencia en la Escuela recién creada con la ayuda de algunos de sus antiguos alumnos y otros profesores; y aunque quizás él preferirá olvidar aquella azarosa y crítica época, centrada en una intensa y eficaz dedicación a este empeño, es obligado desde una perspectiva ya histórica, sacudir la memoria colectiva que se embota, evidenciando la deuda

pendiente y agradeciendo en su justa medida su inapreciable ayuda, que supuso sin duda, la asimilación que no el derroche de mucha de su experiencia y energía.

Porque reconociendo la calidad de la arquitectura que se produce hoy en toda la geografía nacional, es fácil deducir que no se trata solamente de una deuda canaria lo que hay que traslucir: la generación de otros focos culturales posteriores a partir de Madrid y Barcelona Fue posible por aquellas ideas, por aquellas obras y por aquellos arquitectos y es por ellos por lo que estamos hoy aquí.